

DOCUMENTO

DISCURSO DE TOMAS HERNANDEZ FRANCO; PRONUNCIADO EL 14 DE OCTUBRE DE 1932 PARA DEJAR ABIERTA LA EXPOSICION DEL ARTISTA YORYI MOREL.

Señores:

No no sé de donde me viene el honor de ser yo quien deba presentar al público capitaleno a Yoryi Morel y a su estupenda obra pictórica sobre todo cuando yo mismo reclamo el autorizado presentador.

Motivos de hondo y sincero afecto así lo han determinado, y no era para ser rehuída esta ocasión que me conceda oportunidad para incorporarme, aún cuando no sea más que en calidad de anunciador del espaldarazo que esta noche representa, a una obra que lleva pasaje de preferencia hacia la eternidad.

Diferencias de sistema de vida me habían tenido alejado de Yoryi desde hacía algún tiempo, y al anuncio de esta exposición proféticamente patrocinada por el Club Nosotras, temí que la pintura de Yoryi perdiera al ser contemplada por personas que no conocieran el ambiente de que su pintura sacó emoción y color, pensé que el cuadro, al depojarse de su anecdotismo, iba a sufrir; sostenido sólo en sus puntales de técnica y de arte.

Pero, aquí están esos cuadros y todo el ambiente de ellos mismos se ha venido con ellos, porque ellos sobrepasan definitivamente el interés de su propia literatura para ser nada más que arte.

En Santo Domingo hemos jugado mucho, muy peligrosamente con muchas palabras peligrosas. Peligrosas por lo vacía de sentido que son, por su carencia total de sentido, por lo disimuladores que son de la irresponsabilidad de quien tras ella se escuda y por lo torcedoras que son de la seguridad de quien las oye. Así hemos vivido todo el tiempo: disimulando realidades tras un léxico tibio, indefinido, acobardado, y creando conceptos sin contornos como la misma dialéctica confusa que los engendra.

La palabra promesa es una de esas. Como solamente afirmamos la juventud para negarla, no le otorgamos otro privilegio posible que el de llegar a ser. Sólo le concedemos esa probabilidad de hacer en un mañana que nadie precisa, porque ya eso sería un acto de valentía, y nadie comprende que sólo logramos realizar el aserto de que la juventud que será, no será otra cosa más que vejez, que es una de las formas más verídicas de dejar de ser.

Nada hay más acomodaticio que esa palabra, nada menos cierto, nada más cobarde. Con ella nadie se compromete a nada, ni se niega, ni se afirma; se busca, al decirla, una justificación problemática que se difunde en la indeterminación de un futuro y ponemos al tiempo como colaborador en la obra de una certeza que no nos atrevemos a crear, ni a destruir.

No hay, tampoco, palabra más asesina que la palabra "promesa". Cuando cae sobre un artista, cuando se refiere a la obra de un artista. Mata, porque quita fuerzas, porque quita aliento, porque supedita el presente que es cada minuto, la obra del último minuto, a un eterno mañana fatuo que se va alejando siempre.

La obra de arte, no es nunca nunca promesa porque no promete nada; se da toda de sí mismo y es. El arte es una sola cosa, sin categorías, ni restricciones. Se es artista o no se es artista, sin subdivisiones, sin regateos, como la Verdad, que no tiene otro camino más que ser afirmación rotunda de cosa cierta e incontrovertible, o ser francamente mentira. Más vale negarlo todo, rotundamente, tener la valentía de no admitir, a lanzarse en la sinuosidad de sonrisa nipona del calificativo "promesa".

Yoryi no es una promesa, Yoryi es un pintor, con todo lo que esa palabra tiene de categórico y de alto. Su adolescencia luminosa llena de una adulta probidad artística, no busca parapetarse en sí misma para ir a la busca de justificaciones condescendientes. Sus cuadros no prometen; son. Son, con la seguridad formidable de ser por el milagro de lo que llevan dentro por la maravillosa certeza que de ellos se desprende. No insinúan; afirman.

Decir que Yoryi no ha tenido maestros, que ha realizado todos sus cuadros sin haber visto antes ni un solo cuadro de ningún otro pintor, decir que es la primera vez que sale de su rincón natal de Santiago, no es buscarle excusas ni aprobaciones complacientes, es, simplemente, afirmar definitivamente la existencia del genio.

Seguramente esa carencia de maestro, era aislamiento total de toda cosa artística "hecha", esa permanencia frente al propio paisaje, ha permitido el afincamiento de su propia personalidad, obligada, por urgencias tutelares, a la explotación del estupendo filón vernáculo.

Hermano menor de dibujantes que juegan al deporte de la línea por pura e íntima elegancia artística, Yoryi creció en un ambiente donde la técnica del dibujo no era un secreto para nadie y donde todos dibujaban como otros respiran. Yoryi, que es un pintor, es también un maravilloso dibujante que se pasea desenvueltamente por todas las encrucijadas de la técnica.

Como maneja esa técnica, lo que atestigua esa multitud de dibujos donde todos sus aspectos son abordados y resueltos con la espontaneidad que crea la maestría que no fue adquirida, sino proyectada desde adentro por la fuerza incontenible de la naturalidad.

Además, la palabra técnica, es una de esas palabras peligrosas que pierden con frecuencia su sentido. En arte no se puede proceder por comparaciones, porque lo que caracteriza la obra de arte es justamente lo que puede tener de incomparable.

Técnica no puede ser otra cosa que la manera del genio, la forma en que se expresa y si se admite hay que admitirla, siendo labor futura la clasificación que ya es cosa de clasificadores que generalmente no pueden hacer otra cosa.

Yoryi ha resuelto el problema trópico en su pintura, el problema del trópico nuestro que era calumniado como impintable, con todo lo que ese trópico nuestro tiene de luminoso y de amplio trópico que a veces puede ser brutal y reverberante, pero que está más alto que las academias y más cerca del cielo.

No pueden ser de otra parte, no caben bajo ningún otro cielo, ni los paisajes ni los tipos tratados por Yoryi. Por su pintura, por solamente lo que ya lleva realizado, la República Dominicana adquiere carta de ciudadanía en la magnífica geografía del arte.

Yoryi ha descendido hasta el fondo de la virgen mina antes inexplorada y ha comenzado a deslumbrarnos, con esta primera cosecha de oro puro de emoción.

Y hay más. Maravilla la unción tierna con que Yoryi trata sus sujetos, cómo se adivinan acariciados profundamente; respetados aún

en el momento dominador de la posesión, y cómo ennoblece lo que hace con una nobleza hecha de serenidad y de pulcritud.

Podemos decirlo ya: existe el trópico para el Arte, existe ya el artista que entiende el trópico y existe el pintor del trópico, Yoryi Morel ha hecho su revelación, señores.